

señora Chanteau estaba adormecida, muy fatigada por el único movimiento de variarla de postura, acercóse á él, y le dijo al oído:

—Lo mejor que puedes hacer es salir de aquí.

Luchó un instante y el llanto le cegaba; mas tuvo que ceder, y bajó en seguida avergonzado y balbuceando:

—¡Dios mío, yo no puedo! ¡no puedo!

Al despertar la señora Chanteau, no observó de pronto la ausencia de su hijo, y la presencia de Paulina la inquietaba, aunque ésta procurase disimular, sentada aparte, sin hablar, sin moverse; pero su tía alargó la cabeza para mirar, y entonces ella creyó oportuno enterarle con breves palabras:

—Soy yo; no te molestes.... Lázaro ha marchado á Verchemont, donde tenía que conferenciar con el carpintero.....

—Bueno, bueno—murmuró la enferma.

—Por fortuna, no estás tan mala para que se vea precisado á dejar sus asuntos.

—¡Seguramente!

Y ya no habló de su hijo sino rara vez, á pesar de la adoración que le manifestaba aún el día anterior. ¡Él se apartaba de su soplo de vida, y él había sido la causa y el objetivo de toda su existencia!

La descomposición cerebral que empezaba á iniciarse en ella no la dejaba sino el cuidado físico de su salud, y aceptó por consiguiente los servicios de su sobrina, sin que se diera cuenta exacta de la sustitución de persona, solamente preocupada de seguirla con la vista, como distraída por su creciente desconfianza al verla ir y venir delante de su lecho.

Y en tanto Lázaro había entrado en la cocina, aturdido, con las piernas trémulas; la casa entera le daba horror; no podía quedar en su cuarto, porque la soledad de él le anonadaba, ni se atrevía á pasar al comedor, donde el ver á su padre, que leía tranquilamente un periódico, le hubiera hecho estallar en sollozos.

Y volvía por eso á la cocina, el único rincón de la casa caliente, vivo, tranquilizándose de encontrar allí á Verónica, que se arreglaba con sus cacerolas como en los mejores tiempos de bienandanza.

Y ella cuando le vió sentarse cerca del hornillo, en la silla de paja de su uso, le dijo francamente las ideas que tenía acerca de su poco valor.

—Por cierto, señor Lázaro, que no sois un gran socorro. ¡Todavía la pobre señorita ha de llevarlo todo sobre sus costillas!..... Y lo más fuerte es que vos cuidasteis perfectamente á vuestra prima cuando

estuvo á punto de morir de su mal de garganta....
 ¿Eh? ¡No digáis que no! ¡Allá arriba pasasteis quince días, y le dabais la vuelta como á un niño!....

Lázaro escuchaba con sorpresa, porque no había pensado en semejante contradicción y se asombraba de las sensaciones opuestas é inexplicables que descubría en sí mismo.

—¡Es verdad!—repetía.—¡Es verdad!

—No dejabais entrar á nadie—prosiguió la criada—y la señorita inspiraba más lástima que la señora, porque sufría más.... Y yo bajaba muy de prisa, sin tener maldita la gana de hincar el diente á un pedacito de pan.... Pues hoy el corazón da vueltas en vuestro pecho desde que habéis visto á vuestra madre en cama, y sin embargo no la llevaríais ni una taza de tisana. ¡Vaya, señor Lázaro! Vuestra madre es.... lo que es; ¡pero es vuestra madre!

Y él no escuchaba, mirando con vaguedad, hasta que murmuró:

—¿Qué quieres? ¡No puedo!.... Es mi madre, pero no puedo.... Cuando veo sus piernas y me dice que es cosa perdida, siento que se rompe algo en mi estómago, y gritaría como un salvaje si no saliera del cuarto inmediatamente.

Su cuerpo era presa de estremecimientos: cogió

del suelo un cuchillo que había caído de la mesa, y le examinaba sin verle, con los ojos anegados en lágrimas, mientras Verónica atendía al puchero para ocultar la emoción que la embargaba, y dijo después:

—Ea, señor Lázaro: lo que debéis hacer es dar una vuelta por la playa, pues me estorbáis aquí, metido en mis negocios.... Y llevad á Mateo, porque es muy pesado, y tampoco sabe qué hacer, y me veo y me deseo para impedirle que suba allá arriba.

En el siguiente día, el doctor Cazenove se mostró vacilante: era posible una súbita catástrofe, ó bien la enferma podría reponerse para un período más ó menos largo, si el edema disminuyese.

Renunció á la sangría, y contentóse con recetar unas píldoras que él llevaba, sin suspender el empleo de la tintura de digital; pero en su actitud de pesar, irritado, llegó á declarar que confiaba poco en tales remedios, porque aquel caso orgánico era uno de esos que, por el quebrantamiento sucesivo de todos los tornillos de la máquina, hacen inútil la ciencia del médico.

Hacíalo constar así, y afirmaba además que aquella querida señora no padecía. ¿Pues no era esto un consuelo?

En efecto, la señora Chanteau no se quejaba de ningún dolor vivo, sus piernas tenían la pesadez del plomo, sofocábase cada vez más cuando se la movía; pero echada sobre la espalda, supina, inmóvil, conservaba su voz recia y sus ojos brillantes, que aun á ella misma ilusionaban, y ninguna de las personas que solían estar alrededor de su lecho se resignaba á desesperar, viéndola tan valiente, á excepción de su hijo; y hasta el Doctor, en subiendo á su coche, indicó que no se quejasen demasiado, porque debían dar gracias, ella y su familia, de que ya no hubiera muerto la paciente....

La primer noche fué durísima para Paulina: medio tendida en un sillón no había podido dormir un instante, zumbándole en los oídos el fuerte aliento de la enferma; y si quizá se quedaba postrada, parecía que aquel aliento hacía estre mecer la casa y que toda habría de desmoronarse.

Luego, teniendo los ojos abiertos, era víctima de angustiosa opresión, y resucitaba los tormentos que habían martirizado su vida desde meses anteriores; aun al par de aquel lecho de muerte no había paz para ella, siéndole imposible perdonar; en la pesadilla de su velada lúgubre sufría principalmente por las confidencias de Verónica, y los arrebatos anti-

guos, sus rencores celosos, encendían y se animaban con los detalles que recordaba penosamente.

¡Oh, Dios mío! ¡No ser amada! ¡Verse á traición vendida por las mismas personas á quien se ama! ¡Encontrarse aislada, sola, y llena de desprecio y de injurias!

Y su herida abierta de nuevo manaba sangre, porque nunca había sentido de tal modo el escarnio de Lázaro.

Y sin cesar reaparecía en su imaginación el robo de su dinero y de su amor, en la obsesión que la dominaba con el fuerte aliento de su tía, destrozándola el pecho.

Al despuntar el día, Paulina quedó como vencida: el afecto antiguo no reaparecía, y sólo el deber la esclavizaba en aquel cuarto. ¿Acabaría aquello haciéndola desgraciada? ¿Acaso ella también habría de ser mala?

Pasó el día con tales turbaciones, y rechazada por la desconfianza de la enferma, porque ésta recibía con un gruñido su previsión, perseguíala con sospechosas miradas, observando por detrás de ella lo que hacía: si la pedía un pañuelo, ella lo sacudía antes de ponersele; si la veía acercarse con una botella de agua caliente, quería tocar la botella

—¿Pero qué significa eso?— preguntaba la señorita en voz baja á la criada.—¿Es que me cree capaz de hacerla daño?

Y como Verónica, después de haber marchado el Doctor, presentase una cucharada de medicina á la señora Chanteau, ésta no viendo allí á su sobrina, que buscaba ropa blanca en el armario, preguntó:

—¿Ha preparado esta droga el médico?

—No, señora; la señorita.

Entonces la probó con el borde de los labios, hizo una mueca de desagrado, y exclamó:

—¡Ah! ¡sabe á cobre! Yo no sé qué me hace beber esa muchacha, para tener en mi estómago el sabor del cobre desde ayer.

Y con brusco ademán arrojó la cucharada detrás del lecho.

Verónica se quedó con la boca abierta.

—¡Bueno! ¡Bien hecho! ¡Pues vaya una idea!

—¡Eh! No tengo deseos de marchar al otro mundo tan pronto....—contestó la señora Chanteau, reclinando su cabeza en la almohada.—¡Ven acá! ¡Escucha! ¿Tengo fuertes los pulmones? Pues podría suceder que ella marchase antes que yo, porque no tiene sus carnes muy sanas.

Paulina, que todo lo había oído, volvióse herida

en el corazón, y miró á Verónica, mas en vez de acercarse, retrocedió más, sintiendo vergüenza, por su misma tía, de aquella abominable sospecha.

Conservaba siempre su piedad enfrente de tal mujer desventurada é injusta por el miedo, y lejos de experimentar más rencor, desbordóse en doloroso enternecimiento cuando vió en el suelo la medicina que había arrojado la enferma por temor á un veneno.

Hasta la noche permaneció allí, mostrando valerosa dulzura, y aparentando no apercibirse de las inquietas miradas que seguían á sus manos, porque su ardiente deseo era vencer con sus buenos cuidados el tormento de la moribunda y no dejarla agonizar entre sospechas tan crueles.

Prohibió á Verónica que asustase á Lázaro refiriéndole el suceso.

Una sola vez, desde la mañana, la señora Chanteau había preguntado por su hijo, contentándose con cualquiera respuesta que se le daba, sin manifestar extrañeza por no verle.

Menos todavía preguntaba por su marido, solo en el comedor, y del cual no se preocupaba: todo desaparecía cada vez más para ella, y en tanto el frío de las piernas subía, y amenazaba al corazón, de minuto en minuto.

Era menester que Paulina bajase en las horas de comer, para engañar á su tío, y aún aquella tarde engañó también á Lázaro, asegurándole que la hinchazón disminuía.

Pero el mal hizo progresos terribles en poco tiempo, y al día siguiente, cuando la joven y la criada visitaron á la enferma, quedáronse aturdidas ante la expresión de extravío de sus ojos.

El semblante no había variado, y continuaba ella sin fiebre; pero la inteligencia se oscurecía, y una idea fija acababa la destrucción de aquel cerebro: ésta era la fase última, la idea de ser devorada por una pasión única y poco á poco....

La mañana, antes de la llegada del Doctor, fué terrible: la señora Chanteau no quería que se acercase á ella su sobrina.

—Pero déjate cuidar, yo te lo suplico, tía—exclamaba Paulina.—Voy á levantarte un instante, porque estás muy mal echada.

Y la enferma entonces se oponía con todas sus fuerzas, como si la ahogase.

—No, no.... Tienes ahí las tijeras, y me las clavas en la carne.... Las siento, las siento, y estoy sangrando de todo el cuerpo.

La joven, asustada, tenía que retirarse á buena

distancia, vacilando entre la fatiga y el dolor, y sucumbía de bondad impotente.

Era necesario sufrir las rudezas, las acusaciones que la obligaban á llorar, y muchas veces, completamente aniquilada, caía sobre una silla, y quedábase allí largo rato pensando en la manera de ganar el antiguo afecto de su tía.

Ingeniábase para duplicar su dulzura, y siempre en vano; y aun en ocasiones su insistencia determinaba una crisis en la que ella permanecía temblando por largo tiempo.

—Tía mía—dijo á la enferma, preparando la cucharada—es la hora de que tomes la medicina. ¡Ya sabes que el Doctor ha recomendado que se te dé con exactitud!

La señora Chanteau descó ver la botella de la posición, y olió el líquido.

—¿Es la misma que ayer?

—Sí, tía.

—Pues no la quiero.

Mas á fuerza de súplicas acariciadoras, obtuvo la sobrina que tomase la cucharada.

Entonces el semblante de la enferma expresó la mayor desconfianza, y en cuanto ella tuvo en la boca el líquido, escupióle violentamente, sacudida por

un acceso de tos y tartamudeando entre ruidoso hipo:

—¡Eso es vitriolo! ¡eso me quema!

Su execración y su miedo á Paulina, aumentados poco á poco desde el día en que la tomó la primer pieza de veinte francos, hacían explosión violenta en el supremo ataque de su enfermedad, y se desbordaban en oleadas de palabras delirantes; mientras la muchacha, aturdida por aquel brusco furor, la escuchaba sin pronunciar una frase en su defensa.

—¿Pero crees que no lo he conocido? ¡Pones cardenillo y vitriolo en todo lo que me das! ¡Eso, eso es lo que ahoga!..... No tengo nada, no, y mañana estaría levantada si no hubieses derretido verde gris en mi caldo de anoche..... ¡Si, sí! Estás harta de mí y quisieras que me enterrasen en seguida; pero soy fuerte, y seré yo ¿entiendes? tu sepulturera

Sus palabras salían con torpeza, porque se ahogaba, y sus labios negruzcos hacían creer que estaba muy cercana la catástrofe.

—¡Oh, tía mía!—murmuró Paulina aterrada.—¡Si supieses el daño que me haces!

—¿Y qué? Será porque quieres, ¿no es verdad? ¡Vaya, que te conozco! Tu plan estaba determinado y resuelto hace tiempo, y por él has entrado en esta

casa con el único objeto de asesinaros y robarnos..... ¡Tu idea es quedarte dueña de mi casa! ¡Y yo te estorbo!..... ¡Ah, bribona! ¡El día que llegaste aquí hice mal en no aplastarte! ¡Te aborrezco, te aborrezco!

Paulina, inmóvil, lloraba en silencio, y una sola invocación salía de sus labios, como involuntaria protesta:

—¡Dios mío, Dios mío!

Pero la señora Chanteau se aniquilaba por instantes, y poco á poco un terror de niño sucedió á la violencia de sus ataques.

La desdichada cayó sobre los almohadones.

—¡No te acerques! ¡No me toques! ¡Que pido socorro si me tocas!..... No, no, no quiero beber..... ¡Eso es un veneno!

Y agarraba las sábanas con sus manos crispadas, y se tapaba el rostro con las almohadas, y cerraba fuertemente la boca.

Y cuando su sobrina, trémula, avanzó para tranquilizarla, aquella mujer empezó á lanzar alaridos.

—Tía, tía, sé razonable..... No te lo haré beber á la fuerza.

—¡Sí, sí! ¡todavía conservas la botella! ¡Oh! ¡tengo miedo, tengo miedo!

Parecía que agonizaba: su cabeza, muy baja,

echada hacia atrás por el espanto, se llenaba de manchas amoratadas en la frente y en las mejillas, y Paulina, creyendo que su tía iba á espirar, llamó á la doméstica, y las dos mujeres tuvieron que hacer esfuerzos para incorporarla y volver á echarla sobre las almohadas.

Entonces los sufrimientos personales de Paulina, sus tormentos de amor y celos fueron como arrebatados y sumergidos en aquel dolor común: no pensaba en su herida, que aun chorreaba sangre el día anterior, y no sentía violencia ni celos delante de tan grande miseria.

Todo se confundía en su piedad inmensa, y ella hubiera deseado poder amar todavía más, soportar en absoluto las injusticias y la injuria para aliviar mejor á los demás, y perdonaba á su tía el arrebatado en sus crisis, y quería volver á amarla como la amaba cuando llegó á Bonneville.

El doctor Cazenove no llegó hasta después del almuerzo: un accidente, el brazo roto de un campesino á quien tuvo que asistir, le había detenido en Verchemont.

Mas cuando vió á la señora Chanteau y en seguida bajó á la cocina, apenas logró disimular sus malas impresiones.

Justamente estaba allí Lázaro, siempre sentado cerca del hornillo, con la febril ociosidad que le devoraba, y preguntó al médico:

—¿Luego no hay esperanza? ¡He leído anoche la obra de Bouillaud sobre las enfermedades del corazón!

—¡Eh! ¡El corazón! ¡Siempre tenéis el corazón en los labios! Pues qué, ¿es posible afirmar algo positivo? Yo sospecho que tiene el hígado más lesionado.... pero cuando la máquina se destornilla, todo se interesa, ¡con mil diablos!.... los pulmones, el estómago, el corazón.... En vez de leer en esa obra de Bouillaud, lo cual no sirve gran cosa para vuestra madre enferma, hariais mejor en dormir.

La consigna en la casa era que Lázaro que su madre se moría por causa de una enfermedad del hígado, y como él no lo creía, hojeaba sus antiguos libros de medicina en las horas de insomnio.

—¿Pero— repuso penosamente— cuánto creéis que podrá vivir aún?

Cazenove hizo un gesto incomprensible, y dijo:

—Quince días, un mes, ¡quién lo sabe!.... No me preguntéis más, porque me equivocaría al contestaros, y diriais luego que los médicos ni sabemos ni podemos hacer nada.... ¡Es terrible el progreso de la enfermedad desde ayer!

Verónica, que aparentaba secar los vasos del aparador, escuchaba con la boca abierta.

¿Pero era cierto que su señora estaba enferma de muerte? Hasta entonces ella no había creído en el peligro, y gruñía en los rincones, y continuaba hablando de malicia reconcentrada; pero á la sazón se quedó estupefacta, y cuando Paulina la dijo que subiese al cuarto de la enferma, para que ésta no quedara sola, limpióse las manos con el delantal y salió en seguida.

—Doctor—había dicho Paulina, única de la casa que conservaba serenidad y razón fría—será menester pensar también en mi pobre tío.... ¿Creéis que debemos prepararle? Pensadlo, Doctor, antes de marchar.

Mas en aquel instante se presentó el cura Horteur, que no había sabido antes lo que él llamaba ligera indisposición de la señora Chanteau; mas cuando conoció la gravedad de la enferma, su rostro curtido por el aire del mar expresó verdadero sentimiento.

—¿Puedo verla?—preguntó.

Y dirigió á Lázaro una mirada oblicua, sabiendo que era irreligioso.

Paulina fué quien respondió claramente:

—No, no; hoy no, señor Cura: ella ignora aún su estado, y vuestra presencia tal vez la alarmaría.

—Bien, bien—se apresuró á decir el clérigo.—No urge, y espero.... En fin, cada cual debe cumplir su deber, ¿no es verdad? Así, el Doctor, que no cree en Dios....

Precisamente el Doctor, que estaba absorto en la duda, como siempre que se le escapaba el íntimo conocimiento de la naturaleza, acababa de oirlo, y cortó la palabra al cura Horteur.

—¿Quién os ha dicho que no creo en Dios? Dios no es imposible, aunque se ven muchas cosas muy malas.... ¡Quién sabe!

Y sacudiendo la cabeza, como si despertase de largo sueño, continuó:

—¡Ea! pues vais á entrar conmigo al comedor para estrechar la mano del pobre Chanteau.... que tendrá pronto necesidad de mucho valor.

—Con gusto.... Y me quedaré acompañándole para jugar algunas partidas de damas....

Y los dos pasaron al comedor, mientras Paulina subía al cuarto de su tía.

Chanteau estaba haciendo una bola de papel con un prospecto que había recibido en su periódico, y la Minucha, acurrucada cerca de él, mirábase con sus ojos amarillentos.

—¡Ah! ¿sois vosotros?—dijo.—¡Muy amables, muy

echac
man
y Pau
á la c
esfue
las al
Er
sus t
tados
saba
anter
tan g
To
hubi
en al
mejo
en s
amal
El
muer
á qui
chem
Ma
bajó
impr

amables! Porque no me divierto mucho estando siempre solo.... En fin, Doctor, ¿va bien? ¡Oh! ¡no me inquieto por ella! Es más fuerte que una casa, y nos enterrará á todos....

—Sin duda, amigo—contestó el médico, que consideró la ocasión como oportuna para enterar al pobre hombre.—Su estado no me parece muy grave.... Pero la encuentro muy débil.

—No, no, Doctor—repuso Chanteau.—Es que no la conocéis. ¡Tiene un vigor increíble! Ya veréis cómo antes de tres días está en pie....

El médico, no queriendo darle brutalmente la mala noticia, tuvo por oportuno callársela.

—Si no fuese por estas malditas piernas—añadió Chanteau—subiría á verla....

—Pues tened resignación, querido amigo—dijo entonces el Cura, que procuraba ejercer su ministerio de consuelo.—¡Todo el mundo tiene que llevar su cruz! Como que todos estamos en manos de Dios....

Y apercibiéndose al punto de que estas palabras, lejos de consolar á Chanteau, le disgustaban, cortó súbitamente sus exhortaciones de molde, y le ofreció una distracción más eficaz.

—¿Queréis jugar una partida?—dijo.—Esto os despejará la cabeza.

Y tomó el tablero de damas, que estaba sobre un armario, mientras el Doctor, estrechando la mano del gotoso, partía, y los otros dos hombres se engolfaban en la partida, y Minucha, saltando bruscamente sobre la bola de papel, la arrojaba al suelo con una patadita, y la perseguía con rápidas contorsiones alrededor del cuarto.

—¡Infame caprichosa!—exclamó Chanteau.— Hace un momento no quería jugar conmigo, y ahora nos impide meditar en la partida divirtiéndose ella.

—Dejadla en paz—dijo el Cura con la mayor mansedumbre.—Los gatos sólo se divierten con ellos.

El doctor Cazenove, al cruzar por la cocina para salir, cuando vió á Lázaro aplanado en la misma silla, acercóse á él sin pronunciar una palabra, le estrechó en sus brazos y le besó paternalmente.

Verónica bajaba entonces empujando delante de ella á Mateo, el cual rondaba sin cesar en la escalera por delante del cuarto de la enferma, y comenzaba á gemir allí con alaridos agudos que rompían los oídos.

—¡Largo de aquí, largo!—gruñía la doméstica.— Porque no la harán ningún bien tus lamentaciones.

Aquello era una orden de Paulina, y cuando vió á Lázaro le dijo:

—¡Llévause á otra parte! Id con él á dar un buen paseo.

Pero Lázaro rehusó, y tuvo necesidad de todas sus fuerzas para tenerse en pie.

—Este pobre Mateo no es joven— dijo el Doctor.

—¡Diablo! ¡Como que le conozco hace catorce años!— respondió Verónica.— Pero eso no impide que se vuelva loco en cuanto ve un ratón.... ¿Veis que tiene el hocico desollado y los ojos encarnados? Pues porque ha olido uno la noche última bajo el hornillo.... No ha pegado el ojo, ha trastornado mi cocina y tiene todavía fiebre en las patas. ¡Un perro tan grande para un animalito tan pequeño! ¡Eso es ridículo! En este momento se puede afirmar que olfatea sucesos extraordinarios en la casa....

Calló, al observar que los ojos de Lázaro se llenaban de lágrimas.

— Id á dar una vuelta, hijo mío — dijo el Doctor — porque aquí no sois útil y estaréis mejor en paseo.

El joven se levantó penosamente.

—Vamos— dijo;— ven conmigo, pobre Mateo.

Cuando dejó al médico en su cochecillo, alejóse con el perro á lo largo de la costa, y de cuando en cuando tenía que detenerse para esperar á Mateo, el cual envejecía por momentos, se fatigaba, arrastraba

las patas traseras, se lanzaba tosiendo al agua, y cuando salía apenas lograba acostarse bajo las piernas de su amo, con la lengua colgando y el aliento débil.

Al regresar á su casa los tormentos de Lázaro se aumentaban, sobre todo por la noche, la noche larga y triste que pesaba sobre su espíritu conturbado.

Subíase al cuarto un paquete de bujías, porque no podía estar un instante sin luz, y las encendía una tras otra, hasta el alba clara, amedrentado con el horror de las tinieblas; y cuando se acostaba, si quería leer en sus antiguos libros de Medicina, acababa por rechazarlos en seguida porque los tenía miedo....

El estertor de su madre moribunda le llegaba al oído, y parecíale que era tan fuerte y ronco que lo sentía aun en la escalera, y apresuraba su paso.

Pero le seguía por toda la casa, como una queja, un gemido que iba siempre con él, que le aterraba y le removía bruscamente hasta en el silencio de su propio lecho.

Paulina y Verónica, que velaban juntas á la enferma, dejaban la puerta entornada para que la cámara se ventilase, y él veía desde lejos el pálido resplandor de la lamparilla, y escuchaba aquel estertor prolongándose á través de las sombras.

Y cuando subía á su cuarto para acostarse dejaba

también la puerta entornada, porque ya sentía necesidad absoluta de oír aquel ronco quejido.....

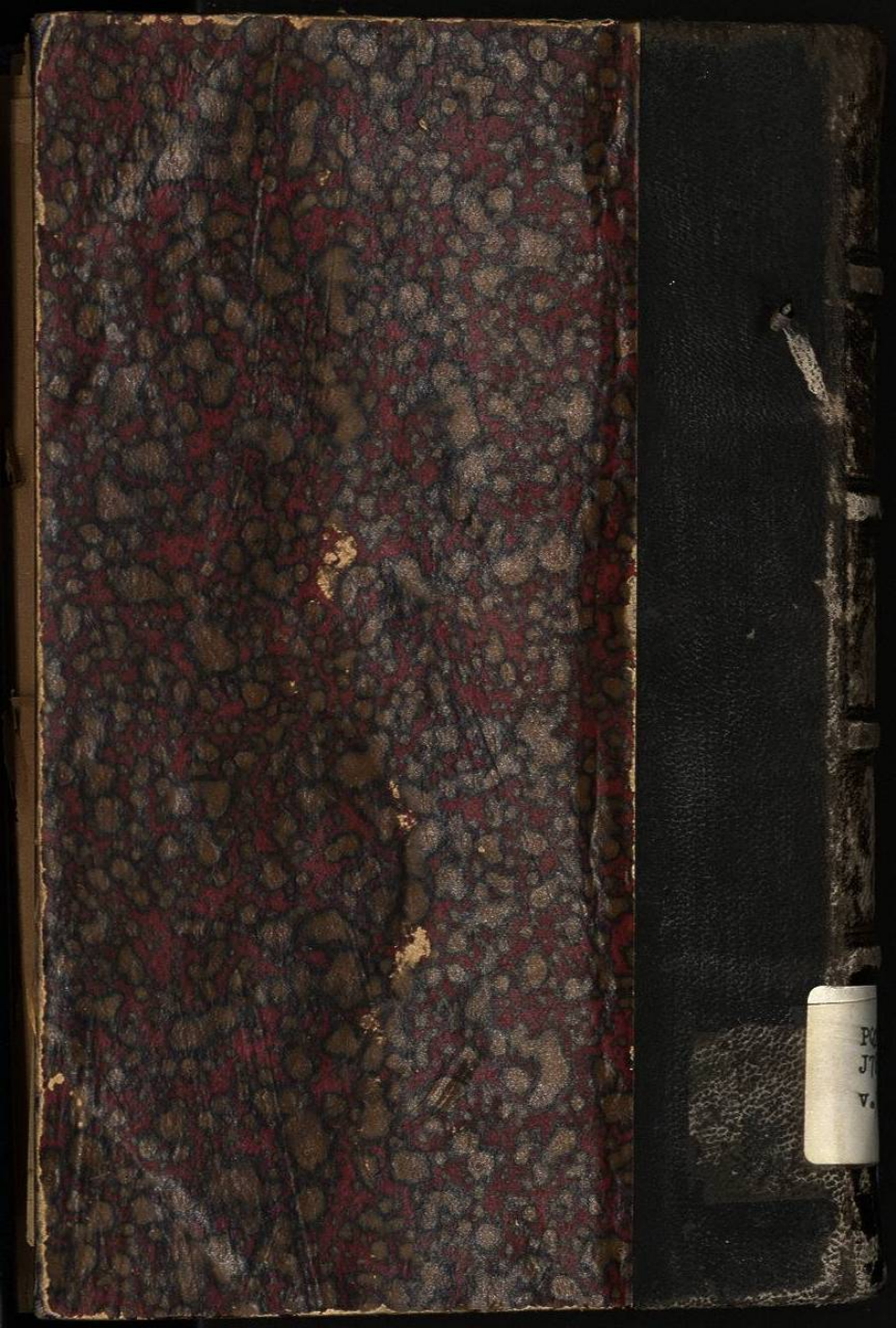
¡Era esto una obsesión que le perseguía sin cesar, que no le dejaba ni aun en la somnolencia!

Como en los días de la enfermedad de su prima, pensaba sin espanto en la muerte: su madre iba á morir, todo iba á morir para él, y abandonábase á la idea del desquiciamiento de la vida sin otro sentimiento de piedad que la exasperación que le producía la impotencia, la fatalidad de no poder hacer nada.

Al día siguiente comenzó la agonía de la señora Chanteau, agonía llena de delirio, que duró veinticuatro horas.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO



PO
JT
V.